

## DANANG

Curiosamente los compañeros de vuelo eran mayormente turistas de China, Francia, Japón y Estados Unidos, es decir, naciones que habían saqueado este país hasta 1975. No tuve más remedio que percibir nostalgia en caras de algunos. En la de otros, arrepentimiento.

El avión se aproximó a Danang bordeando la costa. La ubérrima montaña llegaba hasta el mar dejando a su pie bordeadas playas de arena dorada. A veces se rompía la verde muralla al paso de pequeños deltas con sembríos de arroz que parcelaban el paisaje. En esa playa encerrada debía quedar la colonia de leprosos, sus casas estaban esparcidas en un campo que parecía bien labrado. La otra, al sur, tenía que ser la popular “playa china”, era larga y ancha, se veían algunas palapas y gente bañándose, una plantación de cocoteros bordeaba el balneario. La mañana era brillante, no lejos de la orilla faenaban sin prisa varios botes de pescadores. El flamante Aerobús 330 de Vietnam Airlines dio una vuelta sobre el aeropuerto para tomar la pista en sentido contrario. Desde el aire Danang es más pequeña de lo que creía. La intérprete Ly debía estar esperándonos.

Miré nuevamente por la ventanilla... hace treinta años... Hace treinta años en los aviones que se aproximaban a Danang se oirían otras voces... testimonios...

“Yo era uno de los seiscientos mil soldados americanos que llegaba a luchar sin saber exactamente por qué, ni contra quién. Venía de Cedar Falls, Iowa, nunca había visto el mar, sólo la inmensidad de campos de maíz y cebada. Tenía 18 años, y tres meses en un campo de entrenamiento donde por poco me matan de cansancio. Llevaba en mi bolsillo izquierdo la foto que Ellen me regaló la última vez que subimos al granero. Mis amigos me dieron una despedida en Mac Donalds, luego tomamos muchas cervezas, fue divertido”.

“Yo tenía cuarenta años, regresaba de vacaciones, era miembro de la CIA y sabía que la guerra la perderíamos, pero eso no me importaba, me pagaban bien por interrogar a los vietcoms, fui policía en el Bronx y nunca tuve reparos en conseguir a golpes lo que quería. Hace poco salí

en una fotografía de Life, un periodista me pilló cuando desde un helicóptero solté la soga en la que tenía colgando a un maldito comunista”.

“Yo tenía un trabajo aparentemente sin riesgos, era piloto de los B52, sólo el mes pasado soltamos más de cincuenta mil toneladas de bombas sobre el norte de Vietnam, más de lo que arrojamos sobre Alemania durante toda la Segunda Guerra Mundial, no sé cómo pero esos comunistas nos derribaron una cuarta parte de nuestros bombarderos, dicen que fue el Dien Bien Phu de los americanos”.

“Yo soy sudcoreano, pertenezco al batallón más temido de todos los que están aquí, si los americanos fuesen como nosotros esta guerra hubiera acabado hace años, pero ellos no pueden mutilar, ni violar, ni castrar, en fin, no aterrorizan a la población como nosotros, ellos tienen periodistas bocazas y jefes maricones”.

“Yo soy australiano y me han dicho que íbamos a luchar contra la expansión del comunismo antes de que llegue a Sydney”.

“Yo soy neocelandés”, “yo filipino”, yo tailandés”.

“Yo soy español. Soy uno de los doce españoles que envió Franco para aprender la lucha antiterrorista, hasta ahora no he aprendido nada, ellos están ganando”.

“Abróchense sus cinturones y pongan en vertical el respaldo de sus asientos”. Vuelvo a la realidad.

El aeropuerto mantiene todavía la interminable fila de hangares de aviones y helicópteros. Ahora están vacíos, abandonados, y, como tantas ruinas históricas, se han cubierto de musgo. Hay en la desolada explanada sólo dos aviones medianos y unos pocos carritos que les dan servicio. Bajamos del avión lejos de la terminal, miro alrededor..... El ruido debía haber sido como la erupción de un interminable cataclismo, la tierra temblaría al paso de tanques de 48 toneladas, de plataformas con orugas que llevaban los apocalípticos cañones Horowitz capaces de abrir cráteres a cuarenta kilómetros de distancia, por el lado del puerto marítimo llegaban camiones cargados de bombas Nalpam, esas que dejan manzanas de casas calcinadas, los aviones de caza son armados con ellas, a otros les ponen bombas con Dioxina para desfoliar bosques y

crear medio millón de bebés, con cabezas enormes, algunos sin brazos, otros sin piernas, la mayoría deficientes mentales. Hay gritos por todas partes, ¡rápido!, ¡rápido!, ¡rápido!, todo debe circular rápido, los trepidantes helicópteros parten con jóvenes asustados, otros llegan cargados de moribundos. La tierra tiembla con el ruido infernal de paletas giratorias, de rugientes turbinas de jets, de grúas, de orugas metálicas, de camiones, de ambulancias, el ruido, el ruido, el ruido.

“¿Queeé....?”

“Te piden tu pasaporte”, me dice Elisabeth.

Danang es, en medio de su saludable actividad, una de las más tranquilas ciudades de Vietnam. Parecería que no hay mucho que ver, y es verdad si uno se refiere a museos, ruinas o monumentos, pero el ritmo menos acelerado permite quedarse en la acera para mirar a la gente que pasa por la calle sin ser asediado por vendedores o atropellado por bicicletas, cargadores, o motos, como ocurre por ejemplo en Hanoi. Al fin pude tener tiempo para observar a las estudiantes de secundaria que pasaban en bicicleta. Cuando en Hanoi vi a la primera creí que era un caso excepcional, una especie de extravagancia juvenil, me sorprendió ante todo la blancura inmaculada de su entallado uniforme contrastando con el polvoriento y contaminado ambiente, una flor de loto salida de la ciénaga. Claro que su uniforme no era todo, era sólo la envoltura de una chica con un singular aire de petulancia y altivez; estaba rígidamente sentada, la cabeza erguida y la vista suspendida en el horizonte de sus sueños, avanzaba con velocidad constante, ajena al caótico trasiego de vehículos y personas que se abría de algún modo a su paso. Tenía la cabeza cubierta con un sombrero pequeño igualmente blanco del que salía por atrás una cabellera lacia, negra, amarrada con sencillez. Pedaleaba sin esfuerzo, se diría hipnotizada, con los brazos estirados rectamente hasta el manubrio.

En Danang tuve tiempo para darme cuenta de que esa chica no era un caso excepcional, todas las estudiantes de secundaria montaban la bicicleta de igual manera, clonizadas, para utilizar un término de moda, y que la actitud no es de arrogancia ni altivez, sino de elegancia y tradición,

a la vez de seriedad y compromiso con la sociedad que les permitió haber llegado a la secundaria, preámbulo de la Universidad. En un país donde por ahora la economía no permite dar educación a todos, ellas son las escogidas para dirigir con sus compañeros masculinos el futuro Vietnam. La explicación no evitó que creyese que, aparte de estos altos ideales, había también en ellas un toque de coquetería y divismo. Cuando días más tarde en Ho Chi Minh visitamos galerías de arte, me di cuenta de que las estudiantes de secundaria yendo al colegio en bicicleta son el tema de buenos pintores extranjeros y locales.

Mientras estábamos observando a la gente se nos paró al frente un ciclista que nos preguntó en perfecto francés si éramos franceses. “Vivimos en España”, le dijo Elisabeth, para obviar la larga explicación de nuestros orígenes y las preguntas que se derivan de ello. El vietnamita tenía, según él, setenta y dos años y poseía la nacionalidad francesa, había peleado por ellos y vivido después en Burdeos con una guapa francesa que lo abandonó. Más tarde regresó a pelear por los americanos y al ser derrotados tuvo que esconderse cinco años en la montaña para evitar ser fusilado. Todo esto lo contaba sin inquietarse de unos conductores de “ciclos”, triciclos-taxis, que nos rodearon, uno de ellos lo miraba y nos miraba maliciosamente con una sonrisa pícara, como diciendo “no os dejéis engañar por este viejo”. Le hablamos en francés al joven intruso para ver si entendía algo, lo negó con la cabeza, a pesar de ello la conversación con el veterano se nos hizo menos interesante; el entrometido había sembrado una buena dosis de escepticismo en nuestra mente que se acrecentó cuando el viejo nos pidió algo de dinero para medicinas. En eso salió del hotel un grupo de turistas franceses. Una señora le dijo a un francés gordo que parecía su marido, “aquí está el señor que dice que peleó en Dien Bien Phu”. El diálogo fue directo, el francés le preguntó en qué rama había servido. “Fui paracaidista”, contestó el vietnamita. “¿Quién fue tu jefe?” Fulano de tal, y el segundo era zutano, y el tercero mengano, y el otro se llamaba tal y cual, respondió sin dudar el viejo. “Cet homme a sans doute lutté pour la France. Bravo”, sentenció el gordo extendiéndole algunos dólares. Resultó que el francés era un paracaidista retirado que, aunque no estuvo en Vietnam,

conocía bien a sus camaradas. Cuando volvimos a quedarnos solos con el viejo, Elisabeth le preguntó si había visto mejora en los últimos años. “Pas du tout”, respondió el veterano mercenario, “il n’y a pas de liberté comme avant”.

François Tient, sargento de paracaidistas franceses tal como indicaba el amarillento carnet que nos mostró, se despidió cortésmente y fue a la cercana estación de tren a trabajar. Por una modesta propina llevaría en su bicicleta fardos o maletas de viajeros. Claro que más ganaría hablando con los turistas del hotel Dai Fo.

Los días en Danang acabaron con la visita al templo Cao Dai, una religión mezcla de cristianismo, budismo, confucianismo, taoísmo y alguna otra religión que he olvidado. Sobre la efigie de los maestros que domina la nave principal y en la que Cristo está a la altura de los demás, se ve un inmenso ojo. Los miembros de esa religión creen en todas las religiones y sobre ellas el ojo de un Dios padre.

No sé por qué al salir de este templo en dirección al aeropuerto me fijé en toda la propaganda de las calles: cerveza “Tiger de Guinness”, motocicletas Honda, Pepsi Cola. Recordé que leí en el Vietnam News sobre las nuevas inversiones extranjeras. Regresaban los capitales de los antiguos opresores, ahora pacíficos inversionistas. Venía Mac Donalds, Tele Pizza, se veía ondear la bandera americana en nuevas fábricas, los japoneses traían autos y ponían ensambladoras de equipo electrónico, los chinos construían impresionantes edificios. Una nueva religión se apoderaba del mundo, Cristo, Buda, Confucio, Mahoma pasaban de moda en el templo de Cao Dai de Danang. El ojo inmenso del capitalismo se apoderaba de las conciencias. ¿Qué será mejor?

Herbert Morote. Enero 1998